

**GRAN COLECCIÓN DE  
CUADERNOS ESPANTOSOS**

**RECOPIACION Y EDICION  
del  
Coronel VALENTIN ANDRADE, Ph. D.**

**LISTA NUEVA  
DE LOS NAZIS VIEJOS**

*(Los que se le escaparon a Simón Wiesenthal)*

**EL HIJO DE LA PARROQUIA**

**de**

**CHARLES DICKENS**

**(1812 - 1870)**

**EDICIONES del ILUSTRE  
RESTAURADOR**

## VIII

- ¿Quién va? –gritó una voz, como contestando un silbido de Truhán.
- *Plumy and Slam (Plumado y Capote)* –fue la contestación.

Sin duda alguna era la señal o palabra convenida, como en las logias masónicas, que indicaba que todo marchaba bien.

La escasa luz de una vela iluminó las paredes de un oscuro pasadizo, y poco después vióse aparecer una cabeza junto a la barandilla rota de una escalera que conducía a una cocina.

- ¿Sois dos? –preguntó un hombre, levantando la vela y poniéndose la mano sobre los ojos, para distinguir mejor los objetos,- ¿quién es el otro?

- Un nuevo recluta para ser iniciado –contestó Jacobo Dawkins, invitando a Oliverio a seguirle.

- ¿De dónde viene?

- Del país de los inocentes. ¿Está Fagin arriba?

- Si, se ocupa en arreglar los pañuelos; ya podéis subir.

Aquel hombre desapareció al punto, y los dos jóvenes quedaron a oscuras.

Guiado por su compañero, que lo tenía fuertemente cogida la mano, Oliverio buscaba a tientas el paso, y como la obscuridad era profunda, tropezaba a cada instante en las piedras allí diseminadas, mientras que su compañero saltaba sobre ellas con ligereza suma, cual si conociese perfectamente el camino. Al fin llegaron a la puerta de una habitación interior, y Oliverio fue introducido en ella: las paredes, así como el suelo, estaban ennegrecidas por la humedad y la falta de limpieza; delante de la chimenea, sobre una mesa de pino, difundía su escasa luz una vela de sebo sostenida en el cuello de una botella de vidrio, junto a la cual veíanse dos o tres botes de estaño, un pan, manteca y un plato. En una sartén sin mango se freían en aquel momento unas salchichas, que un hombre, tenedor en mano, revolvía a menudo.

A juzgar por su traje, aquel individuo debía ser hebreo; tenía el rostro surcado por profundas arrugas, y sus facciones innobles, en parte ocultas por una espesa cabellera rubia, inspiraban a primera vista aversión. Vestía una especie de túnica de franela, y al parecer fijaba toda su atención en la sartén, aunque sin perder de vista una manta de caballo sobre la cual pendían, unos sobre otros, muchos pañuelos de seda. Varios lechos muy sucios, hechos con sacos viejos de lona, formaban una línea bien ordenada en un lado de la habitación; y alrededor de la mesa, cuatro o cinco muchachos de la misma edad de *Truhán*, fumaban una pipa y bebían licor, cual si fueran hombres de mayor edad. Todos ellos saludaron a su compañero, que murmuró algunas palabras al oído del judío, y después miraron a Oliverio sonriéndose.

- Os presento a mi amigo Oliverio Twist –dijo Jacobo Dawkins.

El judío sonrió también al hacer un profundo saludo a Oliverio; y alargándole la mano, díjole que esperaba tendría el honor de contraer con él íntima amistad. Entonces, los muchachos fumadores le rodearon, dándole tales apretones de manos, que le hicieron soltar el pequeño lío que llevaba. Todos parecían muy dispuestos a servirle, pues el uno le quitaba la gorra, mientras el otro desocupábale los bolsillos para aligerarle el peso, en vista de lo muy cansado que estaba. Estas atenciones no hubieran cesado tan pronto si el judío no hubiese prodigado generosamente a los complacientes *pilletes* varios golpes con el mango de su tenedor.

- Nos alegramos de verte, Oliverio –dijo el judío-. *Truhán* –añadió-, arregla el fuego y acerca un banco para que se siente tu amigo. ¡Ah!, ¡Mira atentamente los pañuelos! He aquí una admirable colección, ¿no es verdad, amigo mío? Precisamente los

estamos preparando para la colada. Míralos todos, Oliverio, míralos todos. ¡Ja, ja, ja!

Las palabras de judío merecieron el aplauso de sus discípulos, y al punto comenzó la cena.

Oliverio comió su parte, y cuando hubo terminado, el judío le prestó un vaso que contenía una mezcla de ginebra con agua caliente, rogándole que la apurara de un trago, porque otro debía beber después. Oliverio obedeció, y muy pronto dejóse caer suavemente sobre uno de los sacos, sobrecogiéndole un profundo sueño.

## IX

A la mañana siguiente, era ya tarde cuando Oliverio despertó de un sueño profundo, casi letárgico. En la habitación sólo vio al anciano judío, el cual se ocupaba de hacer café, silbando entre dientes, mientras removía el líquido con una cuchara de hierro. De vez en cuando interrumpía su operación, prestando atento oído, como si esperase percibir algún rumor, y cuando se aseguraba de lo contrario, proseguía en su tarea, silbando siempre.

Oliverio no dormía ni estaba completamente despierto; hallábase en ese estado de sopor en que se sueña más en cinco minutos con los ojos entreabiertos, sin tener conciencia de lo que pasa, que en cinco noches con los ojos cerrados y embotados los sentidos por un profundo sueño. En tal momento, el hombre se da cuenta mentalmente de lo que se hace a su alrededor: formándose una ligera idea de las poderosas facultades de su espíritu, que, libre de la parte material, lánzase lejos de la tierra, burlándose del tiempo y del espacio.

El huérfano estaba precisamente en uno de esos momentos: con los ojos entornados veía al judío, y oíale también silbar por lo bajo, reconociendo a la vez el ruido de la cuchara al rozar con las paredes de la cafetera; y por lo tanto, su espíritu, durante este tiempo, vagaba por el espacio, representándose cuánto había conocido hasta entonces.

Cuando el café estuvo hecho, el judío puso la cafetera en el suelo y permaneció algunos instantes como indeciso, cual si vacilara en tomar alguna determinación; después volviere, miró a Oliverio y llamóle por su nombre; pero no obtuvo contestación, lo cual le hizo creer que estaba profundamente dormido.

Entonces, el judío se dirigió silenciosamente hacia la puerta, cerróla y levantó una trampa practicada en el suelo, según pudo ver el muchacho, sacando de aquel escondrijo una caja que puso cuidadosamente sobre la mesa. Sus ojos brillaban de una manera singular, y, al levantar la tapa y mirar ansioso el contenido, acercó a la mesa una silla rota, sentase y sacó del cofrecillo un magnífico reloj de oro cincelado, guarnecido de brillantes.

“¡Ah! ¡Los muchachos! –murmuró el judío encogiéndose de hombros y contraídas las facciones por una espantosa sonrisa.- ¡Bravos chicos! ¡Fieles perros! ¡Firmes hasta el fin! ¡Jamás dijeron al anciano sacerdote dónde estaba la caja! ¡No han hecho traición al viejo Fagin! Pero, ¿qué interés tendrían en ello? Esto no hubiera deshecho el nudo corredizo ni retardado el movimiento de la báscula un instante; no, no. ¡Famosos chicos! ¡Famosos chicos!”

Mientras que murmuraba estas palabras y otras semejantes, el viejo judío volvió a dejar el reloj en la caja, y sucesivamente sacó de ella otros cinco o seis, los cuales contempló uno por uno, así como también varias cadenas, brazaletes y diversos objetos de bisutería de todas clases, de un trabajo tan precioso y especial, que Oliverio no conocía la mayor parte de los nombres de tan hermosas alhajas.

Todos aquellos objetos desaparecieron nuevamente en el cofrecillo, hasta que al fin el judío sacó otro que puso en la palma de la mano, y que parecía tener grabada una

inscripción; colocándolo cuidadosamente sobre la mesa, lo contempló largo tiempo con atención, hasta que, por último, como si le desesperase no poder descifrar aquellos caracteres, lo puso dentro del cofrecillo, y meciéndose en la silla, continuó sus reflexiones:

“¡Qué hermosa cosa es la pena capital! –decía a media voz.- ¡Los muertos no se arrepienten jamás! ¡Los muertos no vienen a revelar curiosas historias! ¡Ah! ¡Esta es una gran seguridad para el comercio!”

Así diciendo, el judío paseaba la vista a su alrededor, y al fin la mirada de sus negros y brillantes ojos se fijó en Oliverio. El muchacho le estaba observando con muda curiosidad; el viejo comprendió al momento que había sido visto, y cerrando bruscamente la caja, cogió un enorme cuchillo que estaba encima de la mesa y se levantó furioso; pero comenzó a temblar de tal modo, que Oliverio, a pesar de su terror, pudo ver mover la hoja del cuchillo.

-¿Qué es eso? –dijo el judío,- ¿por qué me observabas? Tú no dormías; ¿qué has visto? ¡Habla pronto, pronto! ¡Va en ello tu vida!

- Yo no he podido dormir más, señor –contestó Oliverio con dulzura-, me alegro de verle bueno.

- ¿Estabas despierto hace una hora? –preguntó el judío con aire amenazador.

- No, señor, esté usted seguro que no –respondió Oliverio.

- ¿Es bien cierto? –repuso el judío dirigiendo al muchacho una mirada siniestra.

- Yo dormía, señor –replicó Oliverio,- se lo aseguro bajo mi palabra.

- ¡Está bien, está bien!, amiguito –dijo el judío reprimiendo bruscamente sus rudos ademanes y jugando con el cuchillo antes de dejarlo encima de la mesa, como para hacerle creer que no le había tomado sino por distracción. – Ya estoy seguro de ello, amigo mío; sólo he querido darte miedo. ¡Tú eres valiente! Si, por mi fe, tú eres valiente Oliverio. – Y el judío se frotaba las manos riendo, pero mirando el cofrecillo con inquietud. – ¿Has visto algunos de estos hermosos objetos? –dijo el judío después de un rato de silencio y poniendo la mano sobre el cofre.

- Si, señor –respondió Oliverio.

- ¡Ah! –dijo el judío palideciendo.- Esto... es mío Oliverio... es mi escasa fortuna... lo único que tendré para mantenerme en mi ancianidad: por eso me llaman avaro... me gritan cerdo y miserable... Pero yo tengo mis amigos en el gobierno...

Oliverio pensaba, en efecto, que aquel viejo debía ser muy avaro, puesto que vivía en una habitación tan mísera, teniendo aquellos objetos; mas reflexionó que sus cuidados para con el Truhán y los otros muchachos debía costarle tal vez mucho dinero; miró al judío con aire respetuoso y le preguntó si podía levantarse.

- Ciertamente, amiguito, ciertamente –contestó el viejo-; encontrarás un cubo de agua detrás de la puerta del patio; ve a buscarlo y te daré una palangana para que puedas lavarte.

Oliverio se levantó, y atravesando la habitación bajó para buscar el cubo.

Cuando volvió, ya había desaparecido el cofrecillo.

Apenas acabó de lavarse y de arreglar todo, vertiendo por orden del judío el agua por la ventana, cuando entró Truhán escoltado por uno de los jóvenes amigo que Oliverio había visto la noche anterior fumando, y que le había sido presentado con el nombre de Charlot Bates. Al poco tiempo sentáronse todos para tomar su almuerzo compuesto de café, penecillos calientes y un poco de jamón que el Truhán había traído dentro de su sombrero.

- Y bien –dijo el judío dirigiéndose al Truhán y mirándolo maliciosamente a Oliverio,

- ¿creo, amigos míos, que habéis ido esta mañana a trabajar?

- Efectivamente –contestó Truhán.

- Si, ya lo creo –añadió Charlot Bates.

- Sois muy buenos muchachos –dijo el judío,- ¿qué es lo que has traído, Truhán?

- Dos carteras –contestó el joven.
- ¿Bonitas? –replicó el judío con ansiedad.
- No son malas –dijo el Truhán enseñando dos carteras, una verde y la otra encarnada.
- Podrían ser mejores –observó el judío después de haberlas examinado con detención,- pero son completamente nuevas y están bien trabajadas: parecen de un hábil fabricante, ¿no es verdad, Oliverio?
- Ciertamente, señor.

Esta contestación hizo reír mucho a Charlot Bates, con gran sorpresa de Oliverio que no sabía por qué aquella contestación era causa de risa.

- Y tú, amigo mío, ¿qué es lo que traes? –dijo Fagin a Charlot Bates.
- Algunos pañuelos –contestó Bates sacando cuatro de su bolsillo.
- Bien -añadió el judío examinándolos minuciosamente,- son buenos, muy buenos; sin embargo, no los han marcado bien, Charlot. Es necesario señalar las marcas con un alfiler; enseñaremos a Oliverio cómo se hace y lo aprenderá, ¿no es verdad Oliverio? ¡Ja, ja, ja!
- Como usted quiera, señor –replicó Oliverio-.
- Tú desearías hacer pañuelos también como Charlot Bates, ¿no es cierto amigo mío?

- De todo corazón, señor, si procura instruirme –repuso Oliverio.

A Bates le pareció esta contestación más chistosa que la anterior, y empezó a reírse de nuevo, pero como era el momento crítico de tomar su café, le fue necesario concluir.

- ¡Es muy inocente! –dijo cuando pudo hablar.

El *Truhán* no añadió nada más; pero pasó la mano por la cabeza de Oliverio, e hizo caer sus cabellos sobre sus ojos, consiguiendo que se pusiera colorado. El viejo, al observar que Oliverio se avergonzaba, cambió de conversación, y preguntó si a la ejecución efectuada aquella mañana, había asistido mucha gente. La sorpresa de Oliverio creció de punto, pues no le quedaba duda, después de oír la contestación de los dos muchachos, que ambos habían ido, pareciéndole extraño que les hubiera quedado tiempo para poder trabajar.

Después del almuerzo, el complaciente viejo y los dos jóvenes se entregaron a un juego curioso y entretenido. He aquí en qué consistía: el judío metió una petaca en uno de los bolsillos de su pantalón, un libro de memorias en el otro, y en el bolsillo de su chaleco un reloj atado con una cadena muy fuerte que llevaba pendiente del cuello; clavó un alfiler de brillantes en la pechera de su camisa; abrochóse la levita hasta arriba, y metiendo en los bolsillos de ésta un pañuelo y una cartera empezó a pasearse a lo largo de la habitación con un bastón en la mano, como suelen llevar los ancianos cuando van de paseo. Parábase algunas veces delante del fuego y otras a la puerta, como si estaría contemplando el mostrador de las tiendas; y al observar la mirada de los muchachos, examinaba todos sus bolsillos uno después del otro, para ver si había perdido alguna cosa, todo con un aire tan cómico y natural que Oliverio reía a carcajadas. Los dos jóvenes le seguían de cerca, y cada vez que él se volvía, evitaba sus miradas con tanta ligereza que era imposible seguir sus movimientos. Por fin, el Truhán se dirigió hacia él de frente, mientras que Charlot le quitaba por detrás en un abrir y cerrar de ojos, petaca, cartera, reloj, cadena, alfiler, pañuelo de bolsillo y todo cuanto llevaba, haciendo desaparecer los objetos con una rapidez asombrosa. Si el viejo sentía la mano dentro de su bolsillo, decía en cuál de ellos y volvía a comenzar el ejercicio de nuevo (...).

- ¿Han concluido el trabajo, señor? –preguntó Oliverio.
- Si –contestó el judío,- a menos que encuentren por casualidad alguna cosa que hacer por la calle, en cuyo caso no faltarían, puedes estar seguro. Tómalos por

modelo, amigo mío, tómalos por modelo –añadió el viejo dando un golpe en la mesa, como para llamar más la atención sobre sus palabras, - haz cuanto ellos te manden, obedécelos en todo, particularmente al Truhán, que es un gran hombre; y él te hará entrar en carrera, con tal que sigas sus consejos. ¿Se sale mi pañuelo del bolsillo, amigo mío? –preguntó Fagin levantándose.

- Si, señor –contestó el muchacho.

- Pues trata de cogerlo sin que yo lo note, como hacían ellos cuando jugábamos esta mañana –dijo el viejo.

Oliverio con una mano la extremidad del bolsillo, lo mismo que había visto hacer al Truhán, y con la otra tiró ligeramente del pañuelo.

- ¿Has concluido? –preguntó el viejo.

- Si, señor –contestó el huérfano, enseñándole la prenda.

- Vamos, veo que eres un buen chico –dijo Fagin, pasando su mano grasienta por la cabeza de Oliverio, como para confirmar sus palabras-. Yo no he visto nunca una mano tan hábil; toma, aquí tienes una peseta para recompensarte; y si continuas de este modo, serás el primer hombre de la época. Entretanto, acércate y te enseñaré a marcar los pañuelos (...).

Al fin Oliverio, experimentando la necesidad de tomar el aire, rogó con insistencia al judío, que le permitiera ir a trabajar con sus dos compañeros.

El huérfano deseaba esto sobre todo porque comprendía cuanta era la severidad de su nuevo amo, el judío. Cada vez que Truhán o Bates llegaban por las noches con las manos vacías, dirigíales una severa reprensión echándoles en cara su pereza y ociosidad; y para dejar bien grabada en su memoria la lección, enviábalos a la cama sin cenar. Algunas veces, impulsado sin duda por el celo de su severa virtud, había intentado arrojarlos por la escalera (...).”

Fragmento tomado del *Hijo de la Parroquia*, de Charles Dickens, Tomo I, partes VIII y IX, pp. 106 a 121, Ed. Biblioteca de *La Nación*, Vol. 366, Buenos Aires 1909.

## NOTAS DEL EDITOR

### a. Sobre Charles Dickens

**Charles Dickens** nació en **Portsea** en 1812 y falleció en **Gadshill** en 1870. La miseria y el dolor que sufrió cuando niño marcaron su sensibilidad literaria. Sus primeros pasos fueron en el periodismo (1832) donde aparecieron sus primeros escritos, que reunió más tarde en *Esbozos por Boz* (1836), en los que describe a Londres y sus habitantes. Con los beneficios obtenidos por esta obra publicó *Los documentos póstumos del Club Pickwick* (entre 1836 y 1837), que viene a ser una de sus obras más importantes. A partir de la publicación del *Hijo de la Parroquia* que resultó finalmente más conocida por *Oliver Twist* (escrita entre 1837 y 1838) y *Nicholas Nickleby* (1838 a 1839), inició su denuncia novelística de la vida de los suburbios, el desamparo y explotación de la niñez y de las inhumanas condiciones de trabajo de los obreros. Más tarde escribió *David Copperfield* (de 1849 a 1850), novela en la que evoca su propia infancia y adolescencia, por lo que también tiene carácter de denuncia. Sus preocupaciones aparecen también en *La Pequeña Dorriot* (producida entre 1855 y 1856). La *Historia de dos ciudades* y *Nuestro mutuo amigo* (escritas entre 1864 y 1865), obras caricaturescas y desengañadas de toda la sociedad inglesa son sus dos últimos trabajos. Dejó sin terminar *El misterio de Edwin Drood*.

### b. Sobre el fragmento del Hijo de la Parroquia u Oliver Twist

No cabe duda que en el fragmento escogido el eje donde giran todas las escenas es el judío Fagin, siendo que el personaje principal es Oliver Twist que pasa, momentáneamente, a al segundo plano de espectador. Pero como sabemos que estas novelas de Dickens tienen el carácter de denuncia social, encontramos aquí a una de las causas de la explotación de los menores en aquel tiempo. Y Dickens, muy hábilmente, en lugar de lanzar un anatema sobre los

*Predilectos Hijos del Señor de Israel* por estas conductas perversas, se limita a pintarlo en acuarelas muy fuertes que aún impresionan, por lo que me imagino lo que habrán sido en su tiempo. O no, por la indiferencia social, fruto del individualismo liberal, apantallado por el anglicanismo, que ya mostraba sus estragos.

Evidentemente el relato del autor, dirigido en ese momento a sus coetáneos, debe tener ingredientes tomados de la realidad (o tal vez vividos por el autor), y un alto contenido de una verdad inapelable, metida en el seno de una Inglaterra despiadada, que ingresaba a la etapa dogmática del maquinismo y el imperio absolutista de la City (con Victoria como reina desde 1838). Una Inglaterra que dejaba de ser pirata y negrera, para pasar a ser prestamista, que es una forma más civilizada de la piratería y el tráfico de negros (este sería su papel de Waterloo a Sarajevo).

Porque verá el lector que Inglaterra es un caso muy singular: siendo ella monárquica fundó por todos lados repúblicas con sistemas de gobiernos tripartitos a lo Montesquieu; sin tener constitución hasta el día de la fecha les exigió a cada “nueva nación” que se dictase una (hechas a lo Locke y Rousseau) y que aparte la juren y la hagan jurar; siendo ella unionista (no permitió ni permite díscolos ni secesiones) balcanizó la América Española (con la inapreciable ayuda de los españoles) en cien repúblicas y republicuetas sin rumbo ni sentido; siendo la campeona de la libertad de comercio impuso a cañonazos sus productos y convirtió a su moneda en universal; habiendo tenido verdaderos déspotas en sus monarcas, exigió a los demás que ejerzan la libertad más irrestricta; habiendo impuesto en todas partes gobiernos tiránicos, exportó libertadores de a docenas y finalmente, es la que escribió la Historia. Si, señor lector: cualquier tratado de historia de tal o cual pueblo, tiene detrás un inglés o en su defecto una pluma nativa, pero paga por ellos.

Finalizamos con nuestro autor y su tema. La perversión sistemática de menores que hace el judío Fagin, y que al lector desprevenido tal vez le resulte extraña, constituye la práctica más denunciada en casi todos los países de la Vieja Europa contra los judíos, y solamente comparable a la multitud de denuncias por la falsificación de la moneda (los casos más sonados fueron en Inglaterra –donde les costó el pescuezo y la expulsión hasta Cromwell-, Francia y Alemania), y el contrabando, con sus delitos conexos, que es casi un común denominador.